

plo, la manera como él encara la solución progresiva del problema petrolero sin dejarse arrastrar por el engañoso miraje de la nacionalización por decreto. Si a ello agregamos que el Autor reconoce sin previos «antis» que ni el liberalismo ni el comunismo pueden cumplir en Venezuela un papel histórico de reforma y creación, tesis que especialmente respecto al último estimamos certera, tendremos perfilada toda la figura y trayectoria política de Rómulo Betancourt que consciente de lo que es su país ha seguido desde fuera trabajando por él con un pleno sentido de realidad y responsabilidad. Sinceramente creemos, y nos ayuda en tal afirmación el conocer bastante bien el ambiente venezolano, que no solo el libro sino también su Autor son necesarios para un mejor porvenir de Venezuela.—PROF. MANUEL LÓPEZ-REY.



<https://doi.org/10.29393/At180-10HOMR10010>

HOMBRES OBSCUROS, por *Nicomedes Guzmán*.—Editorial Yunque. Santiago de Chile, 1939

La literatura chilena cuenta con un buen número de novelas nutridas en auténtica savia popular, y que tienen valor trascendente como documento que nos da a conocer fielmente un sector importantísimo de la sociabilidad chilena, y porque en ellas la realización artística ha alcanzado una lograda plenitud. Quien desee conocer, a través de la novela el alma popular ciudadana, no puede dejar de leer «Vidas Mínimas», de González Vera, «Hijuna», de Sepúlveda Leyton, «La viuda de conventillo» y «Perucho González», de Alberto Romero, «El roto», de Edwards Bello y «Vidas Oscuras», de Nicomedes Guzmán, que se publicó a fines del año pasado. Todas ellas, de un veraz criollismo, constituyen un amplio friso en que el roto aparece en variadas actitudes dolorosas.

Nicomedes Guzmán es un escritor joven, que había publicado antes libros de escaso mérito literario; aunque en esta úl-

tima obra suya le vemos vacilar, especialmente en lo que se refiere a la expresión, pues junto a aciertos dignos de destacarse, hay vulgaridades que sólo se justifican porque es él un escritor en trance de perfeccionamiento y que aun no ha encontrado su expresión definitiva. Pero si bien es cierto que su estilo carece de pulimento y que hay errores de construcción y de técnica, nadie le puede negar a Guzmán excelentes condiciones de narrador que ha sabido captar lo más vital y genuino del alma del pueblo. Trazos rotundos y vigorosos como hechos por un pintor primitivo en una muralla arrabalera, Guzmán nos lleva a los rincones de un conventillo donde palpita el dolor y la esperanza de seres humildes a quienes la vida consume implacablemente.

A pesar de que las vidas pintadas en esta novela son oscuras y trágicas, del fondo de sus páginas surge potente una voz ilusionada. Es que Nicomedes Guzmán está inundado de optimismo y de confianza porque algún día desde ese mismo pueblo nacerá la fuerza reivindicadora que le librárá del yugo a que está unido: «¡Oh, arrabal, pueblo mío, de tus entrañas sórdidas, del fondo gris de tu aparente impasibilidad, yo sé que un mundo de luz vive marchando!»

Ya sabemos lo que es en la realidad y en la literatura la vida de un conventillo; pero Guzmán en esta novela suya nos la presenta novedosamente por el vigor de su pintura sin tapujos hipócritas, por la recia desnudez de sus frases, por la rotunda caracterización de sus personajes y por la variedad de aspectos que sabe dar a las vidas oscuras que traza. Como nervio vital de la novela, está el amor que existen entre el autor, cuya autobiografía escribe novelescamente, y la joven Inés. Amores puros de adolescente ennoblecidos por la sinceridad de la pasión que estalla frenética como un mandato imperativo de la naturaleza, y que Guzmán describe escuetamente sin temores a los reparos de la moral acomodaticia de la burguesía. Un viento de tragedia estremece las páginas de esta

novela: muertes y crímenes, dolor y miseria. Por sobre esa tragedia, como un sol desconocido, advertimos el amor de los jóvenes adolescentes y las ilusiones de los obreros revolucionarios. Este ambiente de tragedia llega a veces a lo truculento, como en el caso de la viuda que mata a sus hijos suicidándose en seguida. De mayor fuerza trágica nos parece el relato de un crimen callejero y el padecimiento que tienen que sobrellevar los habitantes del conventillo con motivo de las medidas que adopta la autoridad para evitar la propagación del exantemático.

Nicomedes Guzmán es un artista que sabe darle a su prosa las tonalidades que convienen a las circunstancias descritas. Al contacto con la primavera, se dulcifica: «octubre dirige decididamente el concierto de las hojas nuevas en los brazos retorcidos de las acacias. Por los alambres telefónicos, en los que se mecen esqueletos de volantines, el viento de la primavera zumba y canta».

Hay, sin duda, en esta novela, un exceso de coprolalia, pues advertimos una profusión desmedida de palabras propias de literatura amarilla y de pornografía folletinesca, que en ningún caso es manifestación de virilidad y realismo. No es en nombre de ninguna moral que creemos que el libro habría ganado en intensidad y vigor, si Guzmán no hubiera prodigado tanto este tipo de literatura mal oliente.

No obstante, creemos que «Hombres Oscuros» es de aquellas novelas que vivirán, porque en ella palpita vigorosamente un trozo de la vida dolorida e injusta en que se consume lo mejor de Chile: su pueblo.—MILTON ROSSEL.



DOS ANTOLOGÍAS DE CUENTOS.—Editorial Zig-Zag

Reconocemos que es un problema la confección de una antología. Al seleccionador se le presentarán cientos de dificultades,